

Recordar, compartir, aprender

Logroño

Cándido Moyano Martínez, 90 años

Jorge Rábanos Martínez, 27 años

CARTAS A MI MADRINA DE GUERRA

Un anciano de 90 años, Cándido Moyano, revive para su joven interlocutor las cartas que le escribía a su madrina de guerra en los meses finales de la Guerra Civil relatándole las penurias, el hambre, el miedo, el frío, y su deseo de que todo acabara pronto

Terriente, 25 de marzo de 1938

Mi querida Guadalupe, no veo el momento de recibir tus cartas y ponerme a escribir contándote lo sucedido. Siento la tardanza en responder, pero los traslados son continuos y el caminar sin rumbo incesante. Han pasado tres meses desde que salimos del frente de Asturias camino de Teruel con un viejo fusil italiano como única defensa. Pese a lo que llegue a tus oídos, la zona está tranquila, caminamos sin rumbo y saciamos nuestras ansias de acción dando tiros al aire. Mi buena conducta me ha facilitado el acceso al puesto de transmisiones por lo que el riesgo que corro es menor que el de mis compañeros.

Nuestro peor adversario es el miedo, que nos hace creer ver al enemigo donde no está; aún con todo, hiere y mata más el frío que la metralla.

La experiencia juega en nuestra contra. El botón de mi muestra lo ponen nuestros aviadores que, por error, lanzaron salvas al batallón. Ni siquiera cuando estuve de explorador buscando minas en Orihuela del Tremedal estuve tan cerca de mi difunta madre.

Las inclemencias del tiempo las vivimos en tierras turolenses, más concretamente en Monreal del Campo. Las copiosas nevadas, las largas noches durmiendo al raso, las travesías nocturnas y las angostas trincheras se hacen cada vez más insoportables. Mi único alivio es contar con unas botas de origen alemán que sustituyeron a las viejas de suela de cartón que suministraba la Unidad. Confío en que su propietario, caído en combate, sepa perdonarme allí donde esté, pero la necesidad está haciendo aflorar en mí aspectos negativos que yo mismo desconocía.

Las esperas son eternas, hasta dos semanas estuvimos en los Altos de Singra en Sierra Palomera, sin poder avanzar por culpa del duro invierno. En esos momentos, pensar en ti me ayuda a seguir adelante.

Ahora estamos en Terriente. Avanzamos durante semanas por los campos sin enemigo hasta alcanzar un cañón donde ambos bandos negociamos un alto el fuego que se vio roto por el nerviosismo de algún soldado de índice suelto. La ruptura me pilló al descubierto y tuve que arrastrarme hasta la posición. Ya no hubo tregua, ochenta fueron las bajas que tuvimos los días siguientes. Tras la tormenta, ha llegado la calma y ahora defendemos el terreno y nuestras cabezas como podemos.

¡Ay Guadalupe!, si no fuera por tus cartas y por tus dulces presentes, las horas serían eternas. Son muchas las jornadas en las chozas, hacinados como animales. Es pesado el equipaje para un viaje que no va a ninguna parte. El macuto, una manta, las dos granadas de mano, tres cartucheras, el arma, el plato y mucha pena son todas mis posesiones, bueno, y tus cartas. Desde aquella primera que encontré por sorpresa en el bolsillo al recibir mi chaqueta remendada hasta la última, todas las guardo con la ilusión de poder releerlas junto a ti algún día y por fin poder conocerte.

Tras la negativa de mis superiores a ingresar en aviación, mi único aliciente para seguir adelante es que acabe pronto esta locura y pueda encontrarme contigo. Espero con ansia el día que termine esta maldita guerra

